

Carta de un español de veinte años a Giral

«Señor Giral:

Como mi sangre joven se me subleva y no puedo darle las dos bofetadas con que desahogaría mi ira, no me queda más remedio que escribir estas líneas, que a Dios pido puedan llegar a sus manos.

En la Prensa española veo su nombre unido al del francés Jouhaux amenazándonos con esta frase: «Estamos dispuestos a comenzar otra guerra civil en España.»

No, señor Giral, bien sabe usted que otra guerra civil no es posible. Por una vez sea sincero y diga que está dispuesto a facilitar la invasión de nuestra Patria. No ha sido usted el primero en la Historia. Recuerde la traición de su antecesor don Opas; recuerde a sus hermanos los afrancesados.

Para hacer una guerra civil es necesario estar respaldado por la voluntad de una masa, en la que antes se ha encendido una fe. Para cometer una traición basta con venderse al mejor postor, como usted se ha vendido. En una guerra civil toda la pólvora que quemáramos sería española, y usted sabe que la única pólvora de que dispone es extranjera. En una guerra civil mueren hermanos frente a hermanos, hijos todos de una misma patria; usted sabe, señor Giral, que el Ejército que puede enfrentarnos no tiene ningún parentesco con nuestra sangre. Su ejército sería un ejército de gabachos, desertores cuando su patria los necesitó; de mercenarios reclutados en todos los pudrideros de las ciudades europeas, asesinos de toda laya, y cuando más, algún que otro senegalés de dilatados «ollares» ante el olor de la sangre joven que usted le ofrece. Una guerra civil, señor Giral, surge cuando hay desacuerdo, y en España no estaremos de acuerdo en muchas cosas, pero todos los españoles coincidimos en una: en odiarle a usted por traidor, cobarde y asesino. Ellos, los que ayer pudieron seguirle, le odian porque usted los dejó en la estacada poniéndose a buen recaudo con los millones que robó. Los que están en el exilio le odian porque viven en la desesperación y en medio de la mayor miseria, mientras usted y su niño se sacrifican entre banquete y banquete y viven «humildemente», en los hoteles más lujosos del mundo. Nosotros, la juventud de España, le odiamos principalmente por una cosa: Por hacernos la ofensa de haber nacido en nuestra misma Patria.

Bien sabe usted que nadie le sigue. Bien sabe que una guerra civil no puede hacerla. Bien sabe cuánto cobrará por vender a España.

En una guerra civil tuvo ocasión de haber mandado uno de los bandos contendientes. Pero para mandar españoles, nada menos que españoles, sean del matiz político que sean, hace falta ser, por lo menos, tan hombre como ellos. Y usted sabe, señor Giral, que es un cobarde. Entonces se demostró que usted no es jefe digno para una guerra civil. Porque para capitanear una guerra civil o una cruzada hace falta estar animado por un gran ideal. El que mueve a los héroes a vencer o a morir. Usted es incapaz de combatir por un ideal noble, pues le ciega únicamente su torpe ambición.

Indalecio Prieto, que es mucho más inteligente que usted, supo comprender la fuerza moral que animaba al bando vencedor en nuestra Cruzada cuando dijo: «Nada hay tan heroico y temible como un requeté recién comulgado.» Y hoy, señor Giral, comulga toda la juventud española.

Para ser jefe en una guerra civil hay que saber luchar, matar o morir. Usted sólo ha sabido matar. Y matar con venia. Usted sólo ha sabido ordenar que los marineros arrojasen por la borda a sus oficiales, que se fusilase a los seres indefensos después de pasar el martirio de las checas. Usted sólo ha sabido ser el carnicero ruin y repugnante que

ordenó matar y matar con una sed insaciable de monstruo. Pero no supo luchar, ni mucho menos morir. Le fué más cómoda la huida cobarde a la lora de rendir cuentas. Para eso dejó aquí a los pobres engañados que estuvieron combatiendo en los campos de batalla. Usted se fué con el oro robado a la nación para distribuirlo entre mercenarios que atacasen a su Patria y prodigarlo para lograr que sus compatriotas sufriesen el hambre y la escasez. Usted se fué para mendigar por las cancellerías el favor de su restitución a cambio de entregar secretos militares y de vender la dignidad de la Patria que tuvo la desgracia de verle nacer.

Hay quien dice que usted es un tontiloco. No; usted no es un tontiloco. Usted es un ambicioso, señor Giral. Un asesino. Un criminal a sueldo de Rusia, que halaga a los Estados Unidos y pasa en París su factura a Molotov, recibiendo, a la vez, rublos y desprecios.

Yo he nacido a la vida de España cuando mis compatriotas se mataban por las tierras de mi Patria. Si todavía no tengo cicatrices en el cuerpo, las tengo muy marcadas allá donde el dolor se graba para siempre. Mi padre fué villanamente asesinado en el convento de los Angeles Custodios, en Bilbao, convertido por ustedes en cárcel; mi hermana es la viuda de un héroe de Alcubierre; mi hermano cayó como un valiente en el Ebro.

También sé de muchos camaradas que sus padres y sus hermanos cayeron defendiendo erróneamente, pero con dignidad y buena fe, a su Gobierno, señor Giral.

Ellos y nosotros podemos hablar de guerra civil. Usted, no. ¿Dónde se vió combatir a usted o al barbudo Giral «junior»? Cuántos murieron de su familia, señor Giral? En ningún sitio y ninguno. ¿Para qué tiene usted el cinismo ahora de hablar de guerra civil?

Otra, y mil veces más, huiría usted como un conejo temeroso sobre el rastro sangriento del pueblo que llevó a la muerte.

¿Y se nos pide ahora que elijamos entre usted, traidor, y Francisco Franco, héroe?

De él sé que estuvo en las trincheras, que sabe lo que es la pelea, el honor, la victoria, y que no le teme a la muerte.

Si fuese preciso él nos llevaría de nuevo al triunfo o le veríamos caer a nuestro lado.

Pero usted, señor Giral, no sabe nada de esto. Usted sabe ordenar matanzas, y eso no arrastra más que a los asesinos. La juventud sigue a un jefe que se nos ha hecho familiar en las horas de lucha, de dolor y de victoria, y que ha sabido avanzar a nuestro lado.

Pero la juventud repudia a los traidorzuelos morbosos y criminales como usted.

No se moleste, señor Giral, por asustarnos con el «coco» de una guerra civil que usted no puede hacer. Y si su traición la lleva hasta el extremo de traernos una nueva invasión, sepa que no la deseamos, pero tampoco la tememos.

Lea usted la Historia, señor Giral, y verá cómo ha respondido el pueblo español siempre que se le ha querido esclavizar, y, en último caso, siempre sería preferible morir combatiendo como hombres, que aguantar la vergüenza de verle a usted erigido en jefe de un Gobierno «Quisling». Sería tal vergüenza, que moriríamos solos, de asco, en cualquier rincón, mientras frente a nosotros se alzase las sombras de nuestros caídos acusándonos de traición.

Señor Giral: tenga usted un último gesto de oportunidad y muérase, al menos políticamente. Aún recibiría, aunque sin merecerla, la cristianísima sentencia de todo el pueblo español: «Descanse en paz.»